
Muerte

Un sermón de Padre Juan Sandoval Propio 17 – Año A

De todos los grandes enemigos que nombra la Biblia, la muerte es quizá el más real para nosotros, el más cercano a nuestras vidas. Nunca se ha marchado del todo; ha estado con la humanidad desde el comienzo, y también ha tocado de alguna manera cada una de nuestras historias.

En la Biblia, la muerte es el último enemigo que será destruido. La muerte es lo opuesto a la vida. Y la muerte está en todas partes, golpeando constantemente.

La muerte aflige esta semana, mientras arrecian las guerras y el terror sacude al mundo entero.

La muerte aflige esta semana en cada tragedia que ha ocupado las noticias: las inundaciones, los terremotos y todo lo que se ha quemado alrededor del mundo.

Y precisamente porque la muerte nos parece tan inaceptable, podemos entender mejor la reacción de Pedro.

Pedro dice que eso no puede suceder: no se puede permitir que Jesús muera.

Esa misma resistencia aparece en Pedro en el pasaje de hoy, que continúa inmediatamente después del que escuchamos juntos la semana pasada, cuando Pedro acierta plenamente al responder a la pregunta de Jesús: «¿Quién dicen que soy yo?». Pedro proclama que Jesús es «el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Jesús dice: «Así es. Eso es lo que soy. Soy el Hijo de Dios, y mi camino pasará por el sufrimiento y la muerte».

Y Pedro dice que eso no puede suceder. Pedro, quien ha sido llamado la roca fundacional de la iglesia, ahora se convierte en una piedra en el camino. ¿Cómo es eso posible? Porque Pedro ha fijado su mente en metas y prioridades humanas y cotidianas, y esa resistencia es precisamente lo que Jesús corrige antes de enseñar a sus discípulos qué significa seguirlo.

La cruz es una forma de vida, no una invitación a soportar sufrimiento innecesario. Jesús no nos llama a buscar dolor ni a confundir la fe con autodestrucción. Tomar la cruz significa prestar atención a las necesidades de los demás, renunciar a lo que nos encierra en nosotros mismos y seguir el camino de amor, justicia y liberación que Jesús nos muestra.

Así, Pedro no aparece como un simple ejemplo de fracaso espiritual. Pedro nos revela algo profundamente humano: incluso cuando confesamos a Cristo con la boca, podemos resistir el camino de Cristo cuando ese camino pasa por la pérdida, la entrega y la cruz.

No nos gusta pensar en la muerte. La apartamos de nuestra mente. Por eso comprendemos a Pedro: cuando Jesús anuncia que sufrirá y morirá, Pedro escucha una pérdida que no puede aceptar.

Pedro llevó a Jesús aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: «¡Dios no lo quiera, Señor! Esto jamás debe sucederte».

Podemos llegar a pensar: «¿Quién se atrevería a reprender al Hijo de Dios?».

Pero resulta que, cuanto más vives y más muerte presencias, mejor comprendes por qué Pedro dice lo que dice aquí. Creo que la mayoría de nosotros —quizás todos—, si hubiéramos estado en el lugar de Pedro, habríamos dicho exactamente lo mismo.

Frente a esa realidad, la fe no niega la muerte; aprende a decir sí a la vida que Dios todavía nos da.

Después de mirar la muerte y la cruz, necesitamos aprender otra palabra: sí. No un sí que no es verdadero, ni un sí que niega el dolor, sino un sí que nace de la confianza en que Dios todavía se hace presente en medio de nuestra fragilidad.

Un poema titulado «Sí». Dice así:

*Podría ocurrir en cualquier momento: un tornado,
un terremoto, el Armagedón. Podría ocurrir.
O el sol, el amor, la salvación.
Podría pasar, ya sabes. Por eso despertamos
y miramos hacia afuera: no hay garantías
en esta vida.
Pero sí algunas gratificaciones, como la mañana,
como este instante, como el mediodía,
como el atardecer.*

*La muerte llegará.
Pero también llegarán el sol, el amor y la salvación.
Y Jesús vendrá aquí con nosotros: en el pan y el vino, en el agua, en las palabras y en la comunidad reunida.*

Jesús, sobre quien la muerte no triunfó, está aquí con nosotros para siempre: por la mañana, en este preciso instante, al mediodía y al atardecer. Y también en la noche más oscura de tu vida.

Jesús nos recuerda que esto sucederá: la muerte vendrá, pero no tendrá la última palabra.

Y si Cristo está aquí, entonces ese sí no es verdadero; es confianza sostenida por la presencia del Resucitado.

Por eso nuestra pasión puede activarse para abogar, protestar, encontrar soluciones y, sobre todo, encontrar compasión en nuestras vidas. Cargar la cruz, como dice Jesús, no significa tolerar el dolor infligido injustamente por otras personas, permanecer en una relación abusiva o resignarse a los sueños de una vida mejor y más digna. Cargar la cruz es negar aquello que nos encierra en el miedo para estar más plenamente vivos en el amor de Dios.

Puedes decir que sí, sin miedo. Amén.